

Coyunturas críticas, migraciones y políticas de diáspora: el caso de Marruecos

Rafael Camarero (Centre of Migration Research - University of Warsaw)

Ana I. Planet Contreras (Universidad Autónoma de Madrid)

1. Introducción

[COMPLETAR]

2. Cuestiones de diáspora

Desde que comenzase a articularse como concepto en las primeras décadas del s. XX, el término diáspora ha estado vinculado a la idea de nación y a la idea de deslocalización (Dubnow, 1931). Armenios y griegos han sido en este sentido considerados diásporas prototípicas; naciones dispersas, deslocalizadas.

A finales del s. XX se produce una explosión del interés por las diásporas desde el mundo académico. La publicación de la revista *Diáspora* en 1991 supone el inicio de los estudios de diáspora, un campo minoritario pero fecundo y relevante que ha ido desarrollándose en paralelo y como parte constituyente de los estudios migratorios.

El concepto de diáspora es un concepto ampliamente utilizado en las ciencias sociales pero también ampliamente discutido. Esa discusión problematiza las connotaciones religiosas que implica y también el origen del movimiento humano -si se han de considerar como diáspora solo las generadas por un acontecimiento o hecho social o político violento. Sin embargo, en la revisión de literatura se aprecia que es un término para el que ya se ha producido un desplazamiento de significado, como ha sucedido con otros términos como “ghetto” para designar todo tipo de contexto urbano desfavorecido o como “holocausto” que se aplica ahora para designar cualquier asesinato en masa (Safran 1991, p. 83). De manera creciente, en estudios migratorios se emplea pero sigue estando “poco definido” y comienza a aplicarse cuando se dan determinadas circunstancias en el desarrollo de las migraciones -como veremos-, incluyendo la agencia política de los países de origen y -de manera creciente- a los sujetos concernidos.

Töllölyan (1996) expresó sus reservas a la hora de utilizar el término porque se ha convertido en una “promiscuously captious category that is taken to include all the adjacent phenomena to which it is linked but from which it actually differs in ways that are constitutive, that in fact make a viable definition of diaspora possible”.

Como reconoce Safran (2004) hay que partir del hecho de que las “diasporas were not considered a ‘comfortable’ sociological category; it was perhaps also due to the fact that diaspora communities did not want to call attention to their ambiguous collective identity,

and hence did not mobilize politically to obtain the kinds of civil and political rights normally accorded to 'indigenous' minorities". En definitiva, sigue siendo una categoría discutida y rechazada en ocasiones, también, por los individuos.

Las diásporas son la vanguardia de la globalización porque no son solo comunidades minoritarias. Sus miembros se mueven de un lado a otro y emigran de sus lugares de origen a otros países. Podríamos llamarles inmigrantes pero las diásporas recogen formas especiales de inmigración, mantienen una memoria y una conexión cultural y una orientación específica hacia sus países de origen. Desarrollan instituciones que reflejan algo de su país de origen y religión y están relacionadas en algún modo simbólico práctico con sus lugares de origen. Plantean dudas a propósito de su aceptación completa en el país de asentamiento. Son invitados a mantenerse como una comunidad distinta y muchos de ellos manejan el mito del retorno (referencia Safran 1991).

Pese al indudable carácter transnacional de sus miembros y la creciente complejidad de su gobernanza, desde la disciplina de relaciones internacionales cabe señalar que las diásporas no han sido objeto de mucha atención, pues normalmente el enfoque que ha predominado ha sido abordar la diáspora como asuntos internos (Arkilic, 2025); Tsourapas (emigración, Egipto) señala que hay mucho trabajo sobre casos pero falta relación teórica con state power, soberanía, territorialización y desterritorialización.

Por último, desde la Antropología la categoría diáspora debería ser utilizada como una categoría *emic* y que en la medida de lo posible pudiese situarse desde la producción propia y situada sobre la cuestión, tanto en ámbitos discursivos como en términos de acción

La definición de diáspora no está cerrada. Podríamos considerar, entonces, como una prenoción como dice Durkheim -o sea, un producto de la experiencia vulgar-, un instrumento para el conocimiento racional o como una herramienta política. Es una definición histórica en marcha pero necesariamente es algo más que migración o dispersión.

Vertovec (1997) indica que con diáspora nos referimos a una forma de organización social, a una conciencia (type of consciousness), pero también a un modo de producción cultural y a una orientación política que se genera individual pero también colectivamente, y que genera un interés continuo con el origen y el lugar de instalación.

Varios autores (Butler, 2001; Safran, 2004; Brubaker, 2005; Tölölyan, 2019) coinciden en tres elementos fundamentales que caracterizan a todo grupo diaspórico: dispersión a dos o más lugares, orientación hacia un lugar —físico o imaginario— distinto al de residencia, y sesgo endogrupal y comunitario en el lugar de residencia. Cabe señalar que estos elementos conforman las características fundamentales de una diáspora entendida como categoría atribuida y no como autoidentificación.

Cohen & Fischer (2019) distinguen entre las clasificaciones *etic* de un cierto grupo como diáspora —basadas en la combinación de características definitorias señaladas por un observador externo— y la noción de diáspora como categoría *emic* construida desde la autoidentificación, imbuida con una importante significación emocional e imbricada con la historia y las experiencias concretas del grupo poblacional en cuestión.

En cualquier caso, nosotros —observadores externos— recurrimos al término diáspora como herramienta conceptual *etic* que nos permite poner el foco en los países de origen de las migraciones y observar una realidad que, si bien está estrechamente relacionada con la migración, trasciende el hecho migratorio y complejiza las relaciones de pertenencia y el ejercicio de la ciudadanía en Europa. No se trata sólo de migrantes ni tampoco de minorías, son ciudadanos/as europeos que de un modo u otro se sienten interpelados/as en torno a una identidad nacional distinta a la que se genera en el espacio que habitan.

Esta interpelación tiene efectos políticos concretos, tanto en el país de residencia como en el país desde el que se genera esa otra identidad nacional. Más allá de que la comunidad en diáspora esté conformada como actor político autopercebido, el simple hecho de poder conformarse potencialmente como tal ya valdría para considerar a un grupo poblacional como diáspora. Acontecimientos concretos o el surgimiento de determinadas élites o “emprendedores políticos” (Koinova et al. 2025) podría desencadenar la conformación de la comunidad en diáspora en un actor político determinado. En el caso de la diáspora marroquí en Europa, no se percibe una acción política concreta articulada e institucionalizada en torno a su *marroquinidad* con respecto al lugar de origen —seguramente como resultado de una política de diáspora muy efectiva en este sentido—. Sin embargo, la posibilidad de que ese proceso se produjera ante determinados acontecimientos ya nos permitiría hablar de diáspora marroquí en Europa. Anna Matyska y Dominika Blachnicka-Ciacek introducen el concepto de “ciudadanía afectiva” para explorar cómo la guerra entre Rusia y Ucrania ha transformado la movilización diaspórica de los Ucranianos que viven en EEUU¹.

De igual modo, la politización de la diáspora no tiene por qué producirse con respecto al país de origen, sino que también puede producirse en el país de residencia. El activismo antiislamófobo y antirracista coadyuvaría en este sentido a la generación de un sentimiento diaspórico entre las poblaciones marroquíes en Europa y sus descendientes. La política de diáspora marroquí parece desarrollarse en consecuencia —muy en línea con la exitosa política de diáspora turca— al fomentar el asociacionismo y el activismo en torno a la condición de ciudadanos europeos de segunda, ya sea por sufrir discriminación racial o islamófoba. Esto evitaría la conformación de un campo de contestación política en el exterior al canalizar las reivindicaciones de ese grupo poblacional —de esa comunidad en diáspora— hacia el país de acogida. Podría pasar, sin embargo, que se hicieran oír determinadas voces surgidas de la diáspora que ponen el foco en las condiciones políticas y económicas del lugar de origen que cronifican la precariedad y la injusticia y expulsan a parte de la población marroquí hacia una Europa que los discrimina y se niega a reconocerlos en términos de igualdad.

Con respecto a la dispersión continuada, la emigración marroquí se ha dado de manera ininterrumpida a lo largo de los últimos sesenta años, concentrándose fundamentalmente en Europa occidental y en tiempos más recientes en Norteamérica y en los países del golfo Pérsico (Berriane, 2018).

¹ ROCIT project -2026. Disponible en <https://rocit.pl/23rd-annual-imiscoe-conference-with-rocit-researchers-contribution/>

Con respecto a la segunda característica de una comunidad en diáspora —la identidad de grupo o la conformación de un sentimiento comunitario— para el caso de las poblaciones marroquíes en Europa persisten tres elementos confluyentes que derivan en la configuración de un sesgo endogrupal o un sentimiento comunitario en torno a lo marroquí. El **primer elemento**, y aunque parezca obvio, es la existencia previa de una masa crítica demográfica (Safran, 2004) que, en nuestro caso, está localizada como decimos en determinadas zonas geográficas de Europa Occidental y de América del Norte.

El **segundo elemento** para que se conforme una identidad de grupo es el tratamiento específico y la articulación a nivel macro de un discurso concreto por parte de la sociedad mayoritaria (de Haas et al. 2020) hacia las poblaciones marroquíes y musulmanas en general. Ello desencadena en los potenciales miembros de la comunidad en diáspora una actitud de resistencia que genera a su vez un sentimiento de comunidad más allá de vínculos culturales o religiosos concretos. La falta de reconocimiento y la discriminación —en ocasiones sufrida desde pequeños—, sobre todo en espacios directamente vinculados a la estructura social como son la escuela, la universidad o el mercado de trabajo, provoca una serie de tensiones y (re)construcciones identitarias que derivan en la conformación de una subjetividad común a todos los miembros de la comunidad en diáspora, ya sean migrantes o sus descendientes

Por último, como **tercer elemento**, es necesario que se institucionalicen los lazos de solidaridad que unen y sostienen cualquier comunidad en el tiempo, generando un tejido asociativo y de iniciativas comunitarias de diversa índole. Para que dicho proceso tenga éxito y durabilidad requiere de autonomía e independencia tanto del lugar de origen como del de acogida (Safran, 2004). De lo contrario, estas asociaciones —estas instituciones comunitarias— podrían ser instrumentalizadas como mecanismos de cooptación —por el país de origen— o de asimilación —por el de acogida—, impidiendo así la conformación de una verdadera comunidad en diáspora.

Zakya Daoud señalaba (Daoud, 2011) que en el caso de la emigración marroquí en Europa faltaba entonces una élite capaz de reivindicar derechos y de generar dinámicas políticas. Su diagnóstico en ese momento es que había una práctica religiosa baja que, apuntaba, se estaba convirtiendo para los rechazados en Europa en una identidad fuerte, insuficiente para construir una diáspora. Cuando la distancia mental histórica y jurídica se hace grande se sustituye la pertenencia nacional por la pertenencia religiosa que le sirve de sustituto, pero hacen falta 3 o 4 generaciones para construir una diáspora y la construcción del retorno como mito. A principios del siglo XX “la hora de los RME, TME, MRE ha terminado”. La inmigración marroquí presente en todos los continentes habita en el espacio mundo y ha sabido crear lo que se llama un “etno-espacio”: un espacio social y mental, un clima, un estilo de vida y de comunicación que trasciende las fronteras y prefigura la era post nacional y que además es una defensa contra el riesgo de la pérdida identitaria (p. 27).

Durante los primeros años de la migración marroquí, la mayoría de las asociaciones impulsadas por las personas primomigrantes, ya fueran asociaciones culturales, religiosas o de trabajadores, tenían por lo general un carácter asistencial y comunitario, y estaban fundamentalmente articuladas en torno al fenómeno migratorio, siendo por ello mucho más fáciles de cooptar por las élites tradicionales marroquíes.

Las características de una comunidad en diáspora analizadas hasta ahora —dispersión e identidad de grupo— son en realidad rasgos comunes a otras minorías migrantes y étnico raciales. Junto a la dispersión y la identidad de grupo —rasgos fundamentales pero no suficientes para conformar una comunidad en diáspora— la orientación hacia un lugar de origen real o imaginario es ampliamente percibida como el mayor elemento que diferencia una diáspora de cualquier otra comunidad de migrantes expatriada (Safran, 2004).

Para que los vínculos con Marruecos se mantengan en el tiempo, y se dé lugar así a una comunidad en diáspora, no basta con la citada institucionalización de la identidad de grupo a través del tejido asociativo comunitario —una dinámica que podríamos calificar de bottom-up— sino que, como señala Safran (2004), también debe haber una élite comprometida con el mantenimiento de una ideología y cultura diaspóricas (Koinova, 2025). Para el caso de la diáspora marroquí la aparición de referentes sociales surgidos de entre los miembros de la diáspora, aquellos y aquellas que vienen de los barrios y la cultura urbana o del mundo del activismo, anticipa las capacidades de la diáspora marroquí para generar una élite y unos líderes sociales a nivel interno con reivindicaciones, agenda y debates propios.

3. *La diasporización de las migraciones marroquíes como coyuntura crítica*

Generado desde el institucionalismo histórico, el concepto de coyunturas críticas ha sido definido por Giovanni Capoccia y R. Daniel Kelemen (2007) como “períodos de tiempo *relativamente* cortos durante los que existe una probabilidad *considerablemente* alta de que las decisiones de determinados actores tengan efecto sobre un resultado concreto” (p. 348). Nosotros proponemos analizar el proceso de diasporización sufrido por las migraciones marroquíes a lo largo de los años ochenta del pasado siglo como coyuntura crítica que obliga a los actores implicados —en este caso al Estado marroquí— a tomar una serie de decisiones que derivan en unos resultados concretos cuyo legado se genera y mantiene. En este sentido, Collier (2022) se refiere a la coyuntura crítica como un “macro episodio de innovación concentrado que genera un legado duradero” (p. 34). Nuestra hipótesis de partida sostiene que el proceso de diasporización de las poblaciones marroquíes como coyuntura crítica generó la institucionalización de la política de diáspora marroquí, concebida como legado duradero que se mantiene hasta la actualidad.

Una coyuntura crítica es una contingencia que desencadena una cierta agencia y da lugar a varios resultados institucionales posibles. Para analizar el cambio producido por una coyuntura crítica, Long & Schulz (2025) sugieren como herramientas de análisis observar los antecedentes —entendidos como las condiciones, estructuras o procesos preexistentes a la coyuntura crítica—, la presencia de condiciones propicias, así como los mecanismos que puedan favorecer o evitar que se establezca un nuevo *status quo*. Ambos autores proponen una tipología de cuatro resultados institucionales posibles como consecuencia de una coyuntura crítica: (1) cambio institucional, (2) continuidad institucional, (3) fortalecimiento de los antecedentes y (4) reacción contra los antecedentes.

Para el caso que nos ocupa, vamos a explorar el proceso de diáspora de las migraciones marroquíes como coyuntura crítica que produce un fortalecimiento de los antecedentes; es decir, un período de tiempo relativamente corto en el que se abre la posibilidad de que se altere el *status quo*, pero que, sin embargo, no produce un cambio, sino que facilita el fortalecimiento del entorno institucional marroquí preexistente.

Antes de presentar brevemente el proceso de diáspora de las migraciones marroquíes, conviene aclarar que para nuestro análisis preferimos partir de una concepción amplia de las instituciones que tenga en cuenta no solo las normas formales, sino también las prácticas y las narrativas imperantes que condicionan igualmente el comportamiento de los actores y sirven para explicar, discutir o legitimar la acción política (Lowndes & Roberts, 2013).

Las migraciones marroquíes han sido una constante a lo largo de todo el siglo XX extendiéndose hasta nuestros días. Ya durante todo el período colonial se produjeron importantes movimientos poblacionales entre ambas orillas del Mediterráneo, fundamentalmente hacia/desde Francia, como principal potencia colonial en el Norte de África.² La influencia neocolonial siguió definiendo los patrones migratorios en la postindependencia en un momento en el que Europa occidental necesitaba mano de obra y países de destino como Francia, Bélgica, Alemania y Países Bajos comenzaban a implementar políticas activas de contratación.

No obstante, el recién independizado Marruecos mostró agencia propia desde el inicio y desempeñó un papel muy significativo en estas nuevas dinámicas. Firmó acuerdos bilaterales para la contratación de mano de obra no cualificada con Alemania y Francia en 1963, con Bélgica en 1964 y con Países Bajos en 1969 (Berriane et al. 2015). Frente a una alta tasa de desempleo, la emigración se convirtió así en una solución temporal al servir de válvula de escape que permitía exportar la mano de obra sobrante junto con la inestabilidad política y el descontento social que el desempleo pudiera generar a nivel interno. A su vez, las remesas enviadas por los emigrantes servirían para generar los ingresos de divisas que necesitaba el país.

Estos acuerdos bilaterales marcaron el inicio de la gobernanza migratoria en Marruecos. Además de reducir el desempleo a nivel interno, estas políticas también buscaron mantener el control sobre las poblaciones emigradas para evitar que conformaran un campo de contestación política en el exterior y siempre con la expectativa de que los emigrantes regresarían a sus lugares de origen. A su vez, durante estos años, el Estado marroquí fue desarrollando una dependencia creciente de sus poblaciones expatriadas, llegando a reconocer a finales de los años setenta que las transferencias enviadas por los trabajadores en el extranjero habían salvado la mala situación económica que atravesaba el país (Osman, 1978, 30 de octubre)

² Today's Eurocentric narrative focusing mainly on those who leave the southern shores of the Mediterranean to reach Europe also elides the important North-South mobility accelerated and encouraged under colonial mobility regimes. Algeria, where French colonial authorities installed a settler colonial regime, counted over one million European settlers in 1954 at the beginning of the war of independence. Although such settler policies were not employed in neighbouring Morocco and Tunisia, European populations in these countries still numbered around 500,000 and 255,000 respectively at independence in 1956 (Therrien 2016).

Sin embargo, el contexto internacional dio un giro radical a raíz de la guerra de Yom Kippur en 1973 y la consecuente crisis del petróleo que sacudió las economías europeas y afectó la contratación de mano de obra. Una de las consecuencias fue la reorientación de la migración marroquí hacia Libia y los países del Golfo. Marruecos firmó acuerdos bilaterales con Qatar, Iraq y los Emiratos Árabes Unidos en 1981, y con Libia y Jordania en 1983, aunque estos destinos nunca llegaron a alcanzar el nivel de los flujos migratorios hacia Europa (Collyer 2013).

La decisión de los países europeos en 1974 de detener formalmente la contratación de mano de obra no detuvo en absoluto la inmigración proveniente de Marruecos. Como señalaba el Subsecretario marroquí de Asuntos Exteriores y Cooperación Abderrahim Sassi (2006), esta decisión propició más bien la aparición de otras formas de emigración —reagrupación familiar, emigración temporal y emigración clandestina—, evidenciando la irrealidad del mito del retorno y la tendencia a que las personas emigradas se instalasen de manera permanente en los países de acogida. Estas nuevas dinámicas dieron inicio a la evolución gradual de los grupos formados por los migrantes temporales hasta convertirse en verdaderas comunidades en diáspora asentadas en el territorio.

Este proceso de diásporización fue tomando forma a principios de los años ochenta generando una primera reacción por parte del Estado marroquí en 1985 cuando Hasán II instó a sus súbditos durante un discurso ante la “colonia marroquí residente en París” a que “[siguieran] siendo marroquíes” allá donde se encontraran:

Seguid siendo marroquíes, seguid siendo marroquíes porque [...] yo mismo o aquellos que me sucederán podremos necesitar un día volver a hacer una Marcha Verde. Pues bien, quiero que en nombre de todos los marroquíes que viven en el extranjero, no solamente en Francia o París, me hagáis la solemne promesa de que todos los jóvenes marroquíes nacidos en tierras extranjeras estarán entregados, desde la cuna, a los pasos que dará la historia. Si tal es vuestra respuesta, puedo dormir tranquilo. (Hassan II, 1985, 29 de noviembre)

Con este discurso se evidencia la toma de conciencia por parte del Estado de que un buen número de emigrados no retornaría al país y de que sus descendientes nacerían y se desarrollarían en los países de acogida.

El discurso se enmarca en el contexto particular de Francia de los años 80. La Ley francesa de 1981 había levantado todas las restricciones a los derechos de asociación de los extranjeros, afectando las dinámicas sociales de los grupos de inmigrantes y su relación con el país de origen. De acuerdo con Amara & Idir (1991), este cambio en la legislación estuvo en el origen del *mouvement beur* en Francia desarrollado entre 1983 y 1993.

El movimiento *beur* —árabe en el argot verlan francés— se inició con una marcha organizada por jóvenes de origen magrebí que partió de Marsella el 15 de octubre de 1983 en un clima de indiferencia generalizada, atravesó toda Francia y llegó a París el 3 de diciembre de ese mismo año, acogida por más de 100.000 personas y siendo estos jóvenes finalmente recibidos por el presidente François Mitterrand en el Palacio del Elíseo (Amara & Idir, 1991). Esta marcha visibilizó la realidad y las reivindicaciones de toda una generación descendiente de migrantes magrebíes y dio lugar a una importante proliferación de

asociaciones e iniciativas ciudadanas que denunciaron la violencia y el racismo sufridos por estos jóvenes y pusieron de manifiesto la diversidad de la sociedad francesa.

Por primera vez, los descendientes de los migrantes marroquíes marchaban contra el racismo sufrido en Francia y reclamaban igualdad de derechos con respecto a los ciudadanos franceses, a la vez que buscaban una identidad cultural distinta a la de sus padres. Estas nuevas dinámicas hicieron reaccionar a las instancias superiores marroquíes y propiciaron el nuevo posicionamiento esbozado en el discurso de Hassan II.

En definitiva, el paradigma de gestión migratoria que se abrió en Europa a mediados de los años setenta puso fin a la migración circular y la posibilidad de retorno y favoreció la instalación permanente de los emigrantes en los países de residencia, y con ello el inicio del proceso de diáspora de las comunidades migrantes en Europa. El Estado marroquí, consciente de este proceso y crecientemente dependiente de sus poblaciones expatriadas, actuó en consecuencia y adaptó su hasta entonces política migratoria de carácter temporal para establecer una política de diáspora con vocación de permanencia.

4. La política de diáspora marroquí en el s XXI: hacia un fortalecimiento de los antecedentes críticos

La política migratoria original tenía una lógica económica y una lógica securitaria. Para reconstituir los antecedentes críticos a la lógica económica se suma una lógica simbólica orientada a mantener el vínculo con el país de origen de manera intergeneracional y transfronteriza, y a seducir a la diáspora para que siga enviando remesas. Por otro lado, a la lógica securitaria se le suma una lógica política; ya no solo basta con vigilar y reprimir, hay que incluir políticamente a la población del exterior para precisamente desactivar la conformación de un campo de contestación política. El reconocimiento de la doble ciudadanía funciona como mecanismo político para garantizar el *statu quo*; (europeo en cuanto a ciudadanía y marroquí en cuanto a vínculo emocional e identitario)

En el inicio de la gobernanza migratoria marroquí las primeras políticas estaban imbuidas de dos lógicas superpuestas; una lógica económica, destinada a exportar el desempleo primero y a maximizar el envío de remesas después, y una lógica securitaria que buscaba mantener el control sobre las poblaciones emigradas con un doble objetivo, que no se generará un espacio de contestación contra el régimen en el exterior.

Entre las iniciativas que se emprendieron durante los años 60 y 70 siguiendo la lógica económica destaca la *Opération TME*. En 1968 el Estado encargó a la Banque Centrale Populaire (BCP) organizara la repatriación de divisas a través de oficinas abiertas a tal efecto en embajadas y consulados. Gracias a esta iniciativa, a finales de los años setenta el BCP controlaba el 98% de todas las remesas enviadas a Marruecos (Charef, 1999).

Entre las iniciativas emprendidas en los primeros años de la gobernanza migratoria que siguieron una lógica securitaria, destaca la Fédération des Amicales des Travailleurs et Commerçants Marocains —las Amicales; una red de asociaciones para los trabajadores y

empresarios marroquíes que el Estado estableció a través de sus oficinas consulares en Países Bajos, Bélgica y Francia (de Haas, 2007a). El objetivo era reclutar y vigilar a los emigrados, a la vez que impedir que participasen en las reivindicaciones y luchas obreras de los países de acogida, confeccionando a tal efecto listas de sindicalistas o de miembros de partidos políticos o de movimientos estudiantiles para después transmitirlos a Rabat (Belguendouz, 2006). En este sentido, las Amicales también respondían a la preocupación del régimen por su imagen en el extranjero. Al controlar las actividades de los marroquíes en los países europeos y evitar que estos participaran abiertamente en conflictos sociales internos, Marruecos se aseguraba ante terceros países de que la contratación de mano de obra marroquí seguía siendo una apuesta segura y de que los niveles de remesas no se interrumpían ni se veían afectados.

El proceso de instalación de las poblaciones marroquíes en Europa iniciado a partir de los años setenta como resultado de los procesos de reagrupación familiar y del freno a la migración circular supuso un revulsivo para la estrategia migratoria marroquí hasta entonces de carácter temporal. Si hasta los años ochenta Marruecos controlaba la situación migratoria a través de una política de emigración eficaz, a partir de los años noventa se produce un desbordamiento del Estado (Benkirane, 2010).

Ya no se trata de emigrantes a los que exportar temporalmente para luego reintegrar en Marruecos, sino de comunidades en diáspora, cuya pertenencia y lealtades comenzaban a conformarse de manera autónoma e independiente al Estado. Se pasaba de un Estado con control absoluto de su población expatriada a un Estado sobrepasado que debía aprender a gestionar la diáspora como fenómeno estructural que podía poner en riesgo la pervivencia del propio Estado y desafiar sus bases fundadoras. Si esta emigración y su descendencia se desvinculaban del país de origen, el Estado podría colapsar al perder su principal fuente de ingresos: las remesas. Por otra parte, una diáspora fuera de control podría ser el caldo de cultivo de la contestación política que tanto temía el régimen.

- A la lógica económica se suma la lógica simbólica [CONTINUAR]
- A la lógica securitaria se suma la lógica política [CONTINUAR]

5. Conclusiones

[COMPLETAR]

BIBLIOGRAFÍA:

Amara, S. & Idir, S. (1991). Le “mouvement beur”, résumé des chapitres précédents. *Hommes & Migrations*, 1144, 19-26.

Arkilic, A. (2025). *Diaspora diplomacy. The politics of Turkish emigration to Europe*. Manchester University Press.

Belguendouz, A. (2006). *Le traitement institutionnel de la relation entre les Marocains résidant à l'étranger et le Maroc*. (Rapports de recherche 2006/06). Institut universitaire européen - Comisión Europea - Programme MEDA.

Benkirane, Y. (2010). Émigration et politique des émigrés au Maroc. Du dépassement de l'État “proxénète” à la mise en place de l'État “paternaliste”: pérenniser l'allégeance, orienter l'investissement et “désamorcer” la contestation. *Revue Averroès*, 2, 1-16.

Berriane, M., de Haas, H. & Natter, K. (2015). Introduction: revisiting Moroccan migrations. *The Journal of North African Studies*, 20(4), 503-521.
<https://www.doi.org/10.1080/13629387.2015.1065036>

Berriane, M. (2018). *Marocains de l'extérieur 2017*. Fondation Hassan II pour les Marocains Résidant à l'Etranger.

Brubaker, R. (2005). The ‘diaspora’ diaspora. *Ethnic and Racial Studies*, 28(1), 1-19.
<https://doi.org/10.1080/0141987042000289997>

Butler, K. D. (2001). Defining Diaspora, Refining a Discourse. *Diaspora: A Journal of Transnational Studies*, 10(2), 189-219.
<https://doi.org/10.1353/dsp.2011.0014>

Capoccia, G. & Kelemen, D. R. (2007). The Study of Critical Junctures: Theory, Narrative, and Counterfactuals in Historical Institutionalism. *World Politics*, 59(3), 341-369.

Charef, M. (1999). *La circulation migratoire marocaine: un pont entre deux rives*. Sud Contact.

Cohen, R. & Fischer, C. (2019). Diaspora studies: an introduction. En R. Cohen & C. Fischer (Eds.), *Routledge Handbook of Diaspora Studies* (pp. 1-10). Routledge.

Collier, D. (2022). Critical Juncture Framework and the Five-Step Template. En D. Collier & G. L. Munck (Eds.), *Critical Junctures and Historical Legacies. Insights and Methods for Comparative Social Science* (pp. 33-52). Rowman & Littlefield.

Collyer, M. (2013). The Moroccan State and Moroccan Citizens Abroad. En M. Collyer (Ed.), *Emigration Nations. Policies and Ideologies of Emigrant Engagement* (pp. 175-195). Palgrave Macmillan.

- Daoud, Z. (2011). *La diaspora marocaine en Europe*. Eddif Maroc.
- de Haas, H., Castles, S. & Miller, M. J. (2020). *The Age of Migration. International Population Movements in the Modern World*. Red Globe Press.
- de Haas, H. (2007). *Between courting and controlling: The Moroccan state and 'its' emigrants*. (COMPAS Working Paper No. 5). <http://bit.ly/3UIEMGw>
- Dubnow, S. (1931). Diaspora. En E. R. A. Seligman & A. Johnson (Eds.), *Encyclopaedia of the social sciences, volume V* (pp. 126-130). Macmillan Company.
- Hassan II (1985, 29 de noviembre). S.M. le Roi reçoit officiellement la colonie marocaine résidente en France. En Royaume du Maroc, *Discours et Interviews de S.M. le Roi Hassan II. Tome VIII*. Ministère de l'Information.
- Koinova, M., Blanchard, P. & Margulies, B. (2025). Mixed Methods in an Evolving Research Program on Diaspora Entrepreneurs and Their Mobilizations. *International Migration Review*, 52(2), 996-1017.
- Long, T. & Schulz, C. (2025). Critical junctures in International Relations: antecedents, contingency, and change in world politics. *European Journal of International Relations*, 1-25.
- Lowndes, V., & Roberts, M. (2013). *Why Institutions Matter: The New Institutionalism in Political Science*. Bloomsbury Publishing.
- Osman, A. (1978, 30 de octubre). *Discours que Monsieur le Premier Ministre a prononcé le 30 octobre 1978 à l'occasion de l'ouverture des travaux du conseil supérieur de la promotion nationale et du plan*. Plan de développement économique et social 1978 - 1980.
- Safran, W. (2004). Deconstructing and comparing diasporas. En W. Kokot, K. Tölölyan & C. Alfonso (Eds.), *Diaspora, Identity and Religion* (pp. 9-29). Routledge.
- Safran, W. (1991). Diasporas in Modern Societies: Myths of Homeland and Return. *Diaspora: A Journal of Transnational Studies*, 1-1, 83-99.
- Sassi, A. (2006). Migración internacional marroquí: balance y perspectivas. En C. González Gutiérrez (Ed.), *Relaciones Estado-diáspora: aproximaciones desde cuatro continentes. Tomo I*. (pp. 137-156). Editorial Miguel Ángel Porrúa.
- Therrien, C. (2016). *La Migration Des Français Au Maroc*. La Croisée des Chemins.
- Tölölyan, Kh. (2019). Diaspora studies: past, present and promise. En R. Cohen & C. Fischer (Eds.), *Routledge Handbook of Diaspora Studies* (pp. 22-30). Routledge.
- Tölölyan, Kh. (1996) Rethinking Diaspora(s): Stateless Power in the Transnational Moment. *Diaspora: A Journal of Transnational Studies*, 5-1, 3-36.

Vertovec, S. (1999). Conceiving and researching transnationalism. *Ethnic and Racial Studies*, 22, 445-462.